REFERENCIAS NEUMATOLÓGICAS EN EL IV EVANGELIO

ANTONIO GARCÍA-MORENO

SUMARIO: *En vísperas del tercer milenio. Los sermones de la Cena. El Espíritu y su testimonio. Ánimo frente a las persecuciones. Ríos de agua viva brotarán.*

En vísperas del tercer milenio

Con cierto retraso quizás me uno a las publicaciones, que sobre el Espíritu Santo se han hecho, secundando el deseo del Sumo Pontífice de cara al tercer milenio. Con este trabajo deseo contribuir al estudio de la Pneumatología desde el campo joánico. Una vez más, cuando uno se acerca a la bibliografía joánica, ve cómo la parcela del IV Evangelio es transitada en todos los campos¹. Ello facilita el trabajo, pero al mismo tiempo lo hace más laborioso.

1. Nos remitimos a los libros de E. Malatesta, G. Van Belle y R. Rábanos-D. Muñoz León para la bibliografía anterior a 1986. Sin embargo, destacamos a J. BEHM, voz *pará-kletōs* en *Theologische Wörterbuch zum Neuen Testament*, V, 798-812; una panorámica sobre los trabajos del tema en O. BETZ, *Der Paraklet*, Leyden-Colonia 1963, p. 4-35; R. E. BROWN, *The Paraclete in the Fourth Gospel*, en «New Testament Studies», 13 (1966-1967) 113-132; G. JOHNSTON, *The Spirit-Paraclete in the Gospel of John*, Cambridge 1970, p. 88-118; U. B. MÜLLER, *Die Parakletenvorstellung im Johannesevangelium*, en «Zeitschrift für Theologie und Kirche», 71 (1974) 31-77. Presentamos, además, los siguientes trabajos publicados con posterioridad a 1985: G. R. BEASLEY-MURRAY, *John 3:3, 5: Baptism, Spirit and the Kingdom*, «The Expository Times», 97 (1986) 167-170; E. LORENZINI, *L'interpretazione del dialogo con la Samaritana*, «Orpheus», 7 (1986) 134-146; A. FEUILLET, *Le batême de Jésus commenté par le précurseur. Contributio a l'étude du Christ et de l'Esprit dans leur rapports avec l'Eglise dans le Quatrième Evangile*, «Nova et Vetera», 61 (1986) 90-140; F. R. HARM, *Distinctive Titles of the Holy Spirit in the Writings of John*, «Concordia Journal», 13 (1987) 119-135; E. COTHENET, *Les logia sur le Paraclet en Dictionnaire de la Bible*.

Es cierto que el Espíritu Santo es, de la tres Personas divinas, la más difícil de comprender e imaginar. En efecto, es relativamente fácil imaginar al Padre pues todos tenemos un padre. También al Hijo es posible imaginarlo porque todos somos hijos de alguien y, sobre todo, porque se hizo uno de los nuestros con su encarnación. Sin embargo, el Espíritu se nos hace casi imposible de imaginar, «permanece más misterioso»². El Espíritu no tiene rostro, ni siquiera nombre para evocarlo en un fonema

Supplement, París 1987, v. XI, c. 361-378; A. FEUILLET, *Le don actuel et future de l'Esprit Saint par Jésus dans les chapitres 1 à 12 du Quatrième Evangile*, «Divinitas», 31 (1987) 119-143; G. FERRARO, *La rivelazione sul «Paracito» nel quarto Vangelo*, «La Civiltà Cattolica», 139 (1988) 26-39; G. L. BORCHERT, *The Spirit and Salvation*, «Criswell Theological Review», 3 (1988) 67-78; T. W. GORDON, *The Paraclete in the Fourth Gospel*, 11 (1988) 72-82; M. P. WILSON, *St John, the Trinity, and the Language of the Spirit*, «Scottish Journal of Theology», 41 (1988) 471-483; W. R. DOMERIS, *The Paraclete as an Ideological Construct. A Study in the Farewell Discourses*, «Journal of Theology for Southern Africa», 67 (1989) 17-23; F. PACK, *The Holy spirit in the Fourth Gospel*, «Restoration Quarterly», 31 (1989) 139-148; R. KARWACKI, «*Spiritus Paraclitus*», «Collectanea Theologica», 59 (1989) 35-42; A. FEUILLET, *Les promesses johanniques de l'Esprit Paraclet. Leur importance et la lumière projeté sur elles par le reste du Nouveau Testament*, «Divinitas», 33 (1989) 107-130; 217-244; T. B. SLATER, *The Paraclete as advocate in the community of the Beloved Disciple*, «African Theological Journal», 20 (1991) 101-108; J. A. DRAPER, *The sociological fiction of the Spirit/Paraclete in the farewell discourses in the Fourth Gospel*, «Neotestamentica», 26 (1992) 13-29; L. CHEUNG, *The Holy spirit in the Gospel of John*, (en chino), «CGST Journal», 14 (1993) 89-148; H. EFFERIN, *The Paraclete in John 14-16*, «Stulos Theological Journal», 1 (1993) 149-156; J. SWETNAM, *Bestowal of the Spirit in the Fourth Gospel*, «Biblica», 74 (1993) 556-576; M. HASITSCHKA, *Die Parakletenworte im Johannesevangelium. Versuch einer Austelung in synchroner Textbetrachtung*, «Studien zum Neuen Testament und seiner Umwelt», 97-112; G. GAETA, *Il culto «in spirito e verità» secondo il Vangelo di Giovanni*, «Annali di storia dell'esegesi», 12 (1995) 33-47; A. DESTRO-M. PESCE, *Lo Spirito e il mondo «vuoto». Prospettive esegetiche e antropologiche su Gv 4, 21-24*, «Annali di storia dell'esegesi», 12 (1995) 9-32; B. UVAL, *Streams of Living Water. The Feast of Tabernacles and the Holy Spirit*, «Jerusalem Perspective», 49 (1995) 22.23, 37; C. J. COLLINS, *John 4:23-24, «In Spirit and Truth»: An Idiomatic Proposal*, «Presbyterian», 21 (1995) 118-121; J. GALOT, *Le «Don de Dieu» dans le dialogue évangélique, «Esprit et Vie»*, 106 (1996) 385-391; N. NAGEL, *Hermann Sasse Identifies the Paraclete*, «Lutheran Quarterly», 10 (1996) 3-23; M. E. BORING, *The Church Guided by the Holy Spirit: A Johannine Perspective (John 3:1-21)*, «Mid-Stream», 35 (1996) 449-457; H. EFFERIN, *The Paraclete in John 14-16*, «Stulos Theological Journal», 1 (1993) 149-156; B. T. VIVIANO, *The Spirit in John's Gospel: A Hegelian Perspective*, «Freiburger Zeitschrift für Philosophie und Theologie», 43 (1996) 368-387; V. MATHAL, *Paraclete and Johannine Christology*, «Biblehashyam», 22 (1996) 120-138; J. FERNÁNDEZ LAGO, *El Espíritu Santo en el mundo de la Biblia*, Santiago 1998; F. OCÁRIZ, *Hijos de Dios por el Espíritu*, «Scripta Theologica», 30 (1998) 479-503; L. F. MATEO-SECO, *Divino huésped del alma*, «Scripta Theologica», 30 (1998) 505-517.

2. P. M. DE LA CROIX, *Testimonio espiritual del Evangelio de San Juan*, Madrid 1966, p. 232.

analógico³. Es, en palabras del beato Josemaría Escrivá, «el Gran Desconocido»⁴. Sin embargo Jesús afirma: «Vosotros le conocéis porque habita en vosotros»⁵. Conocer al Espíritu equivale, pues, a experimentar su acción, dejarnos llevar por sus impulsos. En esa línea se mueve la Escritura en cuanto que nunca nos hace una descripción del Espíritu. Se limita a referir su acción, en el interior del hombre sobre todo.

Desde luego, es inaccesible para los que viven según la carne. En cambio se revela a los que han nacido en Él⁶. San Juan nos lo presenta como una persona, no distante o ausente, sino cercano y presente. Le llama Paráclito, expresión que como dijimos, sólo él usa refiriéndose al Espíritu Santo⁷. Es nuestro «defensor» o «abogado», «da testimonio de Cristo»⁸, y en defensa nuestra «arguirá al mundo»⁹ que odia a los que le siguen¹⁰.

En Cristología es reconocido el estadio más avanzado del pensamiento cristológico que presenta el IV Evangelio¹¹. Lo mismo ocurre con la Neumatología. Es lógico que así sea ya que este evangelio, según la Tradición, se escribió a fines del siglo I y, por lo tanto, la doctrina del Maestro ha sido más profundizada y elaborada. En este sentido, afirma G. Ferraro que el IV Evangelio ofrece «a propósito del Espíritu Santo la doctrina más alta»¹². También Schnackenburg apunta la importancia de los escritos joánicos en la teología sobre el Espíritu Santo¹³, sobre todo

3. Cfr. J. GUILLET, *El Espíritu de Dios en Varios, Grandes temas bíblicos*, Madrid 1968, p. 268.

4. *Es Cristo que pasa*, Madrid 1973, p. 265-287.

5. Jn 14, 17.

6. Cfr. Jn 3, 5. 7.

7. Cfr. Jn 14, 16. 26; 15, 26, 16, 7.

8. Jn 15, 26.

9. Jn 16, 8.

10. Cfr. P. M. DE LA CROIX, o. c., p. 233.

11. Cfr. R. SCHNACKENBURG, *La persona de Gesù Cristo nei quattro vangeli*, Brescia 1995, p. 85 ss.

12. G. FERRARO, *La rivelazione sul «Paraclito» nel quarto Vangelo*, «La Civiltà Cattolica», 139 (1988) 26-39.

13. Cfr. R. SCHNACKENBURG, *El Evangelio según San Juan*, Barcelona 1980, v. VII, p. 177. A título de ejemplo vemos que en la Enc. *Dominun et vivificantem*, de Juan Pablo II, de las doscientas treinta y una citas bíblicas, ochenta y tres son de los escritos joánicos, poco más del treinta y tres por ciento. Por otro lado sólo San Juan llama Paráclito al Espíritu Santo. En cuanto al término griego *pneûma* los escritos joánicos lo usan sesenta veces, cifra superada sólo por el *Corpus lucanum* que lo usa ciento seis veces, cosa lógica si tenemos en cuenta que el gran protagonista del libro de los Hechos de los Apóstoles es el Espíritu Santo (cfr. M. GUERRA, *El idioma del Nuevo Testamento*, Burgos 1981, p. 217).

en lo que se refiere a su singular asistencia a los que presiden la Iglesia en su función de magisterio y de gobierno. Lo cual no significa que los demás libros sagrados no hablen de la presencia operativa y asistencia del Espíritu en la Iglesia. Así, por ejemplo, dice el Señor en el discurso de la primera misión a los apóstoles que el Espíritu pondrá en sus labios las palabras que han de decir cuando sean llevados a los tribunales¹⁴. Es en el libro de los Hechos donde los apóstoles y los presbíteros de la iglesia de Jerusalén escriben una carta conjunta a todos los fieles en la que afirman, con naturalidad y sin dudar, que «ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros no imponeros ninguna otra carga...»¹⁵. También se dice en este libro a los obispos de Éfeso que ha sido el Espíritu Santo el que los ha puesto al frente de la Iglesia para apacientarla¹⁶. En esa línea de una presencia operativa del Espíritu Santo en los que rigen la Iglesia, San Juan recuerda como Jesús les prometió a los apóstoles que el Espíritu de la verdad estaría siempre con ellos¹⁷, les recordaría su enseñanza y se la aclararía¹⁸, los guiaría hasta la verdad completa¹⁹, les daría a conocer las cosas venideras, tomaría de lo que pertenece a Cristo y se lo daría a conocer²⁰. En definitiva, el Espíritu Santo prolonga y culmina la tarea de Jesucristo, en la Iglesia y en cada uno de los creyentes²¹.

Juan Pablo II en la carta del Jueves Santo del año 1998 dirigida a los sacerdotes dice: «Este don del Espíritu, con su misteriosa fuerza santificadora, es fuente y raíz de la especial tarea de evangelización y santificación que se nos ha confiado»²². Es una enseñanza que tiene su base en el IV Evangelio. En efecto, San Juan nos refiere que es el Espíritu Santo el que: a) Fundamenta la actividad evangelizadora, puesto que es Él quien nos enseña cuanto Jesús reveló²³. b) Por otro lado, Él es quien nos santifica: 1) En cuanto que la vida nueva se nos confiere por el Espí-

14. Cfr. Mt 10, 20; Lc 12, 12.

15. Hch 15, 24.

16. Cfr. Hch 20, 28.

17. Cfr. Jn 14, 16.

18. Cfr. Jn 14, 26.

19. Cfr. Jn 16, 13.

20. Cfr. Jn 16, 13-14.

21. Cfr. P. M. DE LA CROIX, *Testimonio espiritual del Evangelio de San Juan*, Madrid 1966, pp. 233-235.

22. O. c., p. 3.

23. Cfr. Jn 14, 13. 16-17. 26; 15, 26; 1 Jn 5, 6-7.

ritu y el agua²⁴. 2) Una vez conferida esa vida, es el Espíritu Santo quien la mantiene, mediante la unión con Dios en el culto verdadero y en la participación en la Eucaristía²⁵. También restaura dicha vida cuando se pierde por el pecado²⁶. c) Finalmente, el don por excelencia, el Espíritu Santo²⁷, anunciado y prometido por Jesús²⁸ nos viene, según San Juan, con la muerte de Jesús²⁹.

Los sermones de la Cena

El desarrollo de los puntos expuestos de forma esquemática podría de ser materia de un libro. Ahora nos ceñimos a los límites obligados de un artículo. Por ello vamos a desarrollar brevemente los apartados a) y c) del esquema antes propuesto. Es decir, presentamos la acción del Espíritu en la Evangelización que, según el IV Evangelio, se realiza a raíz de la muerte de Jesús y comofruto de la misma.

La presencia operativa del Espíritu en la evangelización la promete Jesús en la última Cena³⁰. Son cinco promesas en las que la primera, la segunda y la quinta se refieren a la función docente del Espíritu Santo, mientras que en las otras dos se alude al misión de testigo cualificado del Espíritu en favor de Cristo. Estas sentencias son palabras que en gran parte resumen y culminan la tradición evangélica³¹. Estos sermones se pueden comparar con el Sermón de la montaña. Situados al final de su vida, son como el remate de lo que anunciaba Jesús al principio de su ministerio. Habla de su marcha y de su vuelta, les dice que él ha vencido al mundo y que ahora será

24. Cfr. Jn 3, 8.

25. Cfr. Jn 4, 23-24; 6, 64.

26. Cfr. Jn 20, 22-23.

27. Cfr. Lc 11, 13. Cfr. J. GALOT, *Le «Don de Dieu» dans le dialogue évangélique, «Esprit et Vie»*, 106 (1996) 385-391.

28. Cfr. Lc 24, 49; Hch 1, 4-8; Jn 14, 16-17. 26; 15, 26; 16, 7-11.

29. Cfr. Jn 7-37-39; 16, 7; 19, 30. Juan Pablo II en la *Dominum et vivificantem*, n. 8, indica que «el Espíritu Santo vendrá cuando Cristo se haya ido por medio de la Cruz; vendrá no sólo después, sino como causa de la redención realizada por Cristo, por voluntad y obra del Padre». Por su parte, el beato J. Escrivá, en su homilia titulada *El gran Desconocido*, recoge esta enseñanza cuando dice: «El Espíritu Santo es fruto de la cruz...» (*Es Cristo que pasa*, Madrid 1973, n. 137, p. 285).

30. Cfr. Jn 14, 16s.26; 15, 24 s.; 16, 7b. 11. 13-15.

31. Cfr. R. FEUILLET, *Les promesses johanniques de l'Esprit Paraclet*, «Divinitas», 33 (1989) 17.

glorificado³². En especial, las promesas sobre el Espíritu Santo que les formula son «de una importancia fundamental para la vida entera y ulterior de la Iglesia, tanto en el papel de jerarquía como en la vida de los fieles»³³.

Los discursos del adiós de Jesús, además de ser una despedida, se caracterizan por presentar ciertas advertencias sobre las persecuciones que han de padecer. Al mismo tiempo tenemos palabras de ánimo y aliento, con promesas firmes de ayuda en esos malos momentos que vendrán. Entre estas palabras destacan las referidas a la venida y acción del Espíritu Santo. Podemos decir con Feuillet que ocupan un lugar aparte en el Nuevo Testamento y tienen un valor único en la historia religiosa de la humanidad³⁴.

En primer lugar les dice que rogará al Padre para que les dé otro Paráclito o Consolador que estará siempre con ellos³⁵. El vocablo griego *parákletos*³⁶ es un vocablo que tiene en el griego clásico y en el griego tardío significación pasiva, «el llamado». Se emplea en el argot procesal para indicar al que es llamado ante el tribunal, lo mismo que ocurre con el latín *advocatus*. De ahí que ese término se emplee para designar al que se llama para ayudar a uno frente a un tercero que le acusa. En hebreo hay como una adaptación del término griego al usar el término *parklit* o *parklita*, emparentado con *synérgogos* igual a abogado o defensor. En su origen no se puede decir que se dé un intercambio entre el sentido pasivo (llamado) y el sentido activo (el que consuela o alienta). Eso ocurre en un segundo tiempo dentro del Antiguo Testamento. Así Aquila y Teodoción traducen Jb 16, 2 el vocablo hebreo *menahami* (consoladores) por *parákletoi*, mientras que los LXX traducen por *paraklétores*. En la Iglesia antigua los latinos tradujeron al principio por *advocatus* y después se introdujo *consolator*³⁷. Los padres griegos entienden el Paráclito como el *parakalôn*, o *paraklétor* (en latín *consolator*). Entre ellos se

32. Cfr. R. H. LIGHTFOOT, *St. John's Gospel. A Commentary*, Cambridge 1958, p. 266.

33. A. FEUILLET, o. c., p. 18.

34. Cfr. R. FEUILLET, o. c., p. 19.

35. Cfr. Jn 14, 16-17. 26.

36. El material semántico sobre el vocablo griego *parákletos* puede verse en J. BEHM, *Theologische Wörterbuch zum Neuen Testament*, vol. V, col. 799-804. También A. FEUILLET, *Les promesses johanniques de l'Esprit Paraclét*, «Divinitas», 33 (1989) 18.

37. Tertuliano habla del abogado (*advocatus*), Hilario dice consolador (*consolator*), Rufino suplicador (*deprecatior*), San Agustín consolador, abogado (*consolator, advocatus*).

impuso también la interpretación activa de Consolador, debido a que el Espíritu tiene una función activa, aparte de que se dio una clara influencia de la exégesis antigua de Jb 16, 2³⁸.

Sólo en los escritos joánicos se da al Espíritu, como dijimos, el nombre de Paráclito. Lo cual parece indicar que sólo hay un Paráclito. Sin embargo, al hablar de que se les dará otro Paráclito, se sobreentiende que Jesús, mientras está con ellos, es su Paráclito, Defensor o Consolador. No obstante tendrá que dejarles y por eso, en su lugar, vendrá ese otro Paráclito que, en cierto modo, lo es por antonomasia.

Los apóstoles se entristecen cuando Jesús les repite que se marcha. El Maestro les anima diciéndoles que no les dejará huérfanos, sino que les enviará el Espíritu de verdad³⁹. Se trata de ese Espíritu que el mundo no conoce y por ello no puede recibirlo. Hay una obstinada resistencia a la acción del Espíritu. Es el pecado contra el Espíritu Santo de que hablan los Sinópticos⁴⁰. Los discípulos, en cambio, le conocen porque mora en ellos y está con ellos. Es cierto que aún no han recibido el Espíritu de un modo pleno, lo cual sólo será posible tras la muerte de Jesús. Pero, de alguna manera, el Espíritu ya ha iniciado su acción sobre los seguidores de Jesús, que da el Espíritu sin medida, habló del agua viva y les dijo que el Espíritu es el que vivifica⁴¹.

El Señor les anuncia que se irá, pero que volverá. Al mismo tiempo les recuerda que las palabras que les ha dicho son un mensaje pronunciado en nombre del Padre. Sus palabras no son suyas sino que son palabras del Padre. De esa forma les fortalece en la fe, en la certeza de que la enseñanza recibida de Jesús es de origen divino.

Da la impresión de que los apóstoles escuchan pero no entienden del todo. Por otro lado, se sienten torpes para la tarea de transmitir esa enseñanza. Jesús lee, una vez más, en su interior y les promete, por tercera vez: «Yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito para que esté con

38. Cfr. R. SCHNACKENBURG, o. c., nt. 144, en p. 515. X. LÉON DUFOUR, *Lectura del Evangelio de Juan*, Salamanca 1995, v. III, p. 98.

39. Algún texto de Qumrán da este nombre al caudillo de los hijos de la luz, en contraposición del espíritu de la mentira (1QS, 4, 23 s.).

40. Cfr. Mt 12, 32; Mc 3, 29; Lc 12, 10.

41. Cfr. Jn 3, 34; 4, 10; 6, 63.

vosotros siempre: el Espíritu de la verdad»⁴². Es una presencia interior que recuerda la doctrina paulina sobre la inhabitación del Espíritu Santo y su acción en el alma⁴³. Esas dificultades futuras que les abruma serán superadas porque, como añade Jesús, «el Paráclito, el Espíritu que el Padre enviará en mi nombre, Él os enseñará todo y os recordará todas las cosas que he dicho»⁴⁴. La revelación recibida hasta entonces por el Maestro era, en cierto modo, parcial. En cambio la del Paráclito será completa. Ya no serán necesarias las comparaciones y la verdades veladas, dada la falta de capacidad de los oyentes de Jesús. Cuando venga el Espíritu sobre ellos, sus ojos se abrirán pues la luz de la Pascua comenzará a brillar en sus corazones⁴⁵. El verbo *hupomimnéskein* (traer a la memoria, recordar) sólo se usa una vez en el IV Evangelio. En cambio, el verbo *mimneskés-thai* (acordarse) se usa tres veces⁴⁶. Podemos decir que esos términos son una prueba de la promesa de la acción del Espíritu en orden a recordarles y aclararles lo que en un primer momento no comprendieron, y que tras la resurrección y la venida del Espíritu, recordarán y comprenderán.

Por tanto no se olvidarán de lo aprendido del Maestro, pues el Espíritu se lo recordará. Además, les aclarará el sentido de la enseñanza recibida, a veces difícil de entender en un primer momento. Es decir, lo mismo que Jesús les explicaba el sentido de las parábolas⁴⁷, así el Espíritu Santo les abrirá el entendimiento para que entiendan bien el sentido verdadero de la doctrina enseñada por Jesús. Será una acción interior, como se deduce de que use primero la expresión «con ellos» y luego «en ellos»⁴⁸. En cuanto a su función de enseñar la encontramos ratificada en otros pasajes neotestamentarios⁴⁹. Y no sólo les iluminará para que comprendan, sino que también les asistirá a la hora de proclamar el Evangelio. Como dijo Jesús, el Espíritu Santo pondrá en sus labios las palabras precisas que los hombres no podrán rebatir⁵⁰.

42. Jn 14, 16-17.

43. Cfr. Rm 5, 5; 8, 14-15; 1 Co 7, 19.

44. Jn 14, 26.

45. Cfr. A. FEUILLET, o. c., p. 22-23.

46. cfr. Jn 2, 17. 22; 12, 16.

47. Cfr. Mt 13, 10-23. 36-43.

48. Jn 14, 16 y 17.

49. Cfr. Lc 12, 12; 1 Co 2, 10-13; Ef 1, 17; 1 Tim 4, 1; 2 Tim 1, 14; Hb 10, 15.

50. Cfr. Lc 12, 11-12.

En cuanto a su función de enseñar, el Espíritu Santo introduce a los discípulos en la doctrina de Jesús, acompañándoles como quien les indica el camino. Schnackenburg plantea las posibles relaciones de Juan con los escritos de Qumrán y con otros escritos judaicos. Admite ciertas similitudes, pero concluye que esos contactos no pasan de ser meramente formales⁵¹.

En la teología joánica el Espíritu está unido de modo indisoluble a Jesucristo. Sólo por él existe el Espíritu⁵², y de Cristo lo ha recibido⁵³. De todo su análisis, concluye Schnackenburg que las sentencias actuales del IV Evangelio no hay que considerarlas en su forma y contenido como una derivación del judaísmo o gnosticismo, sino «sólo como una creación del evangelista o su escuela. En ellas se expresa la fe en la venida única e insustituible de Jesucristo como revelador y salvador escatológico, así como la acción presente y duradera del Espíritu, el cual continúa y afianza, ahonda y abre a perspectivas siempre nuevas la obra de Jesucristo»⁵⁴.

En los pasajes joánicos sobre el Espíritu se destaca la idea de que es un don. Se sigue con ello la línea de otros escritos neotestamentarios. Así dice Pablo que Dios «dispensa el Espíritu Santo entre vosotros»⁵⁵, con una referencia a Ezequiel⁵⁶. En la epístola a los Gálatas⁵⁷ se describen sus frutos, mientras que en la de los Efesios se le llama «Espíritu de Sabiduría y de revelación en el pleno conocimiento», y en la segunda a Timoteo lo describe como «Espíritu de fortaleza, de amor y de dominio propio»⁵⁸. En la 1 Jn se usa el mismo verbo que en Romanos referido al Espíritu⁵⁹. Ello permite decir que el lenguaje joánico estaba ya acuñado

51. Cfr. R. SCHNACKENBURG, *El Evangelio según San Juan*, Barcelona 1980, v. III, p. 186 ss.

52. Cfr. Jn 7, 37-39.

53. Cfr. Jn 20, 22.

54. O. c., p. 190. En el comentario a las cartas joánicas Schnackenburg dice que hay concepciones parecidas a las joánicas en *Doc. Dam.* I, 14; VIII, 13; XX, 15. Sin embargo, en el campo joánico el Espíritu de la verdad no sólo tiene que ver con la verdad sino también con la vida, aspecto ignorado por Qumrán. Es el principio vivificante de Jn 6, 63. Ese principio de vida está también claro en Jn 3, 4. 6 cuando se refiere al nuevo nacimiento, del que también se habla en 1 Jn. Cfr. *Cartas de San Juan. Versión, introducción y comentario*, Barcelona 1980, p. 239.

55. 1 Ts 4, 8.

56. Cfr. Ez 36, 27 y 37, 14.

57. Cfr. Ga 5, 22.

58. Cfr. 2 T 1, 7.

59. Cfr. Rm 5, 5.

en la tradición cristiana. Por otro lado en el Antiguo Testamento la donación del Espíritu está presente⁶⁰, lo mismo que en el judaísmo⁶¹. Sin embargo, en el cristianismo primitivo parece aplicarse a la recepción del Espíritu en el Bautismo. Así se dice que Dios nos da «de su Espíritu» (*ek tou pneúmatos autoú*)⁶². De contenido similar es el texto de Hebreos, referido a la iniciación mediante la cual los cristianos «fueron hechos partícipes del Espíritu Santo»⁶³. Por todo ello se puede pensar que Juan haya recurrido a la terminología ya existente en el cristianismo para referirse al Bautismo⁶⁴. Conviene recordar que el concepto sobre el Espíritu de la 1 Jn coincide prácticamente con el IV Evangelio. En cada caso se habla de la actividad del Espíritu según las exigencias del contexto. En la carta, debido a las luchas contra las herejías, la función del Espíritu se centra más bien en la enseñanza interna y el fortalecimiento de la fe⁶⁵.

El Espíritu y su testimonio

Volviendo al sermón de la Cena, vemos cómo Jesús les advierte que el mundo les odiará, lo mismo que le han odiado a Él, e incluso han odiado al Padre. Con ello se cumple la Escritura que dice «me odiaron sin motivo»⁶⁶. Sin embargo, a pesar de ese odio, los apóstoles darán testimonio de la enseñanza recibida. Para hacerlo posible vendrá el Espíritu, que también «dará testimonio»⁶⁷. Por tanto, con la asistencia del Espíritu, testigo cualificado del Misterio de Cristo⁶⁸, también ellos darán testimonio de cuanto han visto «desde el principio»⁶⁹.

60. Cfr. Ez 36, 26 s.; 37, 6. 14 según los LXX.

61. Cfr. 1 QH 12, 12; 13, 19; 14, 11; 17, 17.

62. 1 Jn 4, 13.

63. Cfr. Hb 6, 4.

64. Cfr. R. SCHNACKENBURG, *Cartas de San Juan. Versión, introducción y comentario*, Barcelona 1980, p. 235.

65. *Ibidem*, p. 240.

66. Jn 15, 25; Sal 34, 19; 68, 5.

67. Jn 15, 26.

68. Cfr. A. FEUILLET, *Les promesses joanniques de l'Esprit Paraclet. Leur importance et la lumière projeté sur elles par le reste du Nouveau Testament*, «Divinitas», 33 (1989) 30 ss.

69. Jn 15, 26. Cfr. X. LÉON DUFOUR, *El Evangelio según Juan*, Salamanca 1995, v. III, p. 164-165.

Otra característica de ese testimonio es su aspecto jurídico desarrollado en un contexto de litigio y dentro del género literario del *rib*, palabra hebrea que significa juicio o litigio, presente en el Antiguo Testamento⁷⁰. Hay una alusión a una cierta hostilidad que suscitará el testimonio de los discípulos de Jesús, tal como lo predijo el Maestro⁷¹. En el IV Evangelio todo el relato en conjunto tiene resonancias de un vasto proceso de Jesús frente a los dirigentes del Pueblo elegido, quienes se muestran hostiles al Rabí de Nazaret. Jesús les responde, les acusa y rebate. En efecto, las controversias de Jesús con sus enemigos son más frecuentes en San Juan que en los Sinópticos. Este gran litigio tiene para el evangelista el valor de signo. Los judíos contradictores de Cristo representan al mundo hostil, los que no lo recibieron, los que rechazaron la luz⁷².

En la promesa de Jesús a los suyos, pronunciada en la última Cena, el Espíritu Santo aparece como testigo cualificado que intervendrá en ese juicio contra Jesús. Como en otros momentos del IV Evangelio se pone de relieve la importancia del testimonio, tema de gran importancia para nuestro evangelista. A este respecto, el final del último capítulo es muy ilustrativo cuando dice: «Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas, y el que las ha escrito; y sabemos que su testimonio es verdadero...»⁷³. Es una declaración muy significativa pues nos ayuda a comprender el cauce de expresión adoptado para transmitir el mensaje de la salvación. Se trata, por tanto, de un testimonio de valor teológico, que descubre tras los hechos su valor más profundo; son unos símbolos de lo trascendente, sin que ello merme el valor histórico de todos los hechos narrados.

Es cuestión, por tanto, de un testimonio. Es decir, el IV Evangelio no presenta una predicación propiamente dicha, sino un testimonio. En efecto, el verbo predicar, *keryssein*, no se usa y, en cambio, es muy frecuente el verbo testimoniar, *martyrêin*. No se trata tanto de proclamar el mensaje, como de dar testimonio acerca de Cristo y su doctrina, más con obras que con palabras. Para eso se narran los hechos, para explicar

70. Cfr. Jb 38, 3 ss.; Sal 50, 4 ss.

71. Cfr. Mt 10, 18.

72. Cfr. Jn 1, 11. 18; 3, 32.

73. Jn 21, 24.

con palabras lo realmente ocurrido y aclarar su significado. Como ejemplo de la importancia del concepto del testimonio en el IV Evangelio tenemos la presentación del Precursor en los Sinópticos con respecto al IV Evangelio. Aquellos insisten en su predicación y bautismo de penitencia⁷⁴. El IV Evangelio habla también de ese bautismo, pero insiste sobre todo en la condición de testigo que tiene el Bautista. Ya en el Prólogo se le presenta como el que da testimonio de la luz y luego, a lo largo del texto evangélico, siempre se le relaciona con esa misión de testigo que tiene⁷⁵.

Ocurre, además, que a diferencia del libro de los Hechos de los Apóstoles donde sólo éstos son llamados a testimoniar⁷⁶, en el IV Evangelio el número de los testigos aumenta. El más importante es el Padre que le ha enviado y da testimonio de Cristo⁷⁷. También las Escrituras dan testimonio⁷⁸ y el mismo Jesús es presentado dando testimonio de cuanto vio⁷⁹. Después de su ascensión el testimonio sobre Cristo será continuado por el Espíritu Santo⁸⁰, como estamos viendo. También los Apóstoles, por su parte, serán testigos de cuanto han visto y oído cuando estuvieron con Jesús⁸¹.

La noción de testimonio, por tanto, es esencial en nuestro evangelio. Por otro lado, tiene unas características determinadas. Lo primero es que se trata de un testimonio ocular. En efecto, los verbos «haber visto» y «testimoniar» se relacionan con frecuencia. Así el Bautista «dio testimonio diciendo: Yo he visto al Espíritu descender...»⁸². Jesús también explica a Nicodemo que «el que viene del cielo da testimonio de lo que ha visto...»⁸³. Del mismo evangelista se dice que «el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero...»⁸⁴. No obstante, es preciso tener en cuenta que ese «ver» tiene para nuestro autor un sentido nuevo, pues

74. Cfr. Mt 3, 1-12 y par.

75. Cfr. Jn 1, 7. 19. 32. 34; 3, 26; 5, 33.

76. Cfr. Hch 1, 8.

77. Cfr. Jn 5, 37; 8, 18.

78. Cfr. Jn 5, 39.

79. Cfr. Jn 3, 11; 8, 13-18.

80. Cfr. Jn 15, 26.

81. Cfr. Jn 15, 27.

82. Jn 1, 32.

83. Jn 3, 32.

84. Jn 19, 35.

equivale a una visión de fe. Así hay que interpretarlo cuando dice: «Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado a su Hijo como Salvador del mundo»⁸⁵.

Otra característica de ese testimonio es su aspecto jurídico, desarrollado en un contexto de litigio y dentro del género literario del *rib*, presente como indicamos en el Antiguo Testamento⁸⁶. Hay una alusión a una cierta hostilidad que suscitará ese testimonio, tal como lo predijo Cristo⁸⁷. Recordemos que en el IV Evangelio todo el relato tiene resonancias de un vasto proceso con los dirigentes del Pueblo elegido. Tras la partida de Jesús, las dificultades con las autoridades judías se multiplicarán para los discípulos, incluidas las condenas por parte de los tribunales de justicia. Por eso el nombre del Espíritu como Abogado (Paráclito) encaja perfectamente en el aspecto semántico y en la tradición reflejada en el *logion* de Mc 13, 9. 11 y par., cuando se habla de que los discípulos comparecerán ante los jueces y entonces el Espíritu les pondrá las palabras adecuadas y precisas en sus labios⁸⁸.

De alguna forma el pleito entablado por Jesús frente a sus oponentes es continuado por sus seguidores, se trata de la causa de Dios frente a la incredulidad. Pero todo transcurre bajo la acción del Espíritu, de modo que los discípulos pasan de acusados a acusadores. Así el Espíritu Santo, «con su asistencia a los discípulos se convierte en el abogado y victor de Dios contra el mundo»⁸⁹.

Este gran litigio tiene para el evangelista el valor de signo. Los judíos contradictores de Cristo representan al mundo hostil, los que no lo recibieron, los que rechazaron la luz⁹⁰. Al final del proceso ante Pilato, se representa la paradoja de que los que condenan a Jesús como reo son en realidad los condenados, mientras que Cristo es ciertamente el Juez⁹¹. Así ocurre que Jesús, que da testimonio de cuanto ha visto ante el Padre, será también el Juez universal de los últimos tiempos. En

85. 1 Jn 4, 14.

86. Cfr. Jb 38, 3 ss.; Sal 50, 4 ss.

87. Cfr. Mt 10, 18.

88. Cfr. Mt 10, 20: «El Espíritu de vuestro Padre habla en vosotros». En el mismo sentido Lc 12, 11s.; 21, 15. Esta doctrina la recoge Juan en Jn 15, 26.

89. R. SCHNACKENBURG, *El Evangelio según San Juan*, Barcelona 1980, v. III, p. 183.

90. Cfr. Jn 1, 11. 18; 3, 32.

91. Cfr. Jn 19, 13-16.

ese magno juicio el Espíritu Santo tiene un papel fundamental con su testimonio decisivo⁹².

Ánimo frente a las persecuciones

Sigue el Maestro los discursos de la Cena y da pormenores de las persecuciones que han de sufrir. Serán expulsados de la Sinagoga, con cuanto ello implicaba para un judío en todos los campos de la vida. Llegarán a pensar, les advierte, que cuando os persigan hacen algo muy grato a Dios. Al principio de su aprendizaje como discípulos, les dice Jesús, no les hablaba de todo porque aún estaba con ellos y ya tendría ocasión. Además, en ese tiempo no podrían soportar su enseñanza⁹³. Pero cuando está para irse, es preciso que sepan lo que les ocurrirá, para que no les coja de sorpresa sino que estén preparados. Los discípulos no pueden soportar la idea de la ausencia de Jesús y se llenan de tristeza y pesar.

El Maestro, entonces, les anima diciendo que es necesario que se vaya, «pues si no me voy —les aclara— el Paráclito no vendrá a vosotros. En cambio, si yo me voy, os lo enviaré. Y cuando venga argüirá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado porque no creen en mí; de justicia porque me voy al Padre y ya no me veréis; de juicio, porque el príncipe de este mundo ya está juzgado»⁹⁴. Este pasaje sobre la intervención del Espíritu⁹⁵ es uno de los más difíciles del Nuevo Testamento. El uso del verbo *elegkein* da un significado jurídico a ese testimonio⁹⁶.

En cuanto al pecado que el Espíritu recriminará al mundo y sobre el cual versará su acusación, será el pecado de incredulidad. En efecto, se demostrará cómo, a pesar de cuantos signos hizo Jesús, el mundo no le creyó⁹⁷. El Espíritu Santo pondrá de relieve que Jesús dijo la verdad y,

92. Cfr. A. FEUILLET, *Les promesses joanniques de l'Esprit Paraclet. Leur importance et la lumière projeté sur elles par le reste du Nouveau Testament*, «Divinitas», 33 (1989) 32. I. DE LA POTTERIE, *La vérité dans saint Jean*, Roma 1977, v. II, p. 399-421.

93. Cfr. Jn 16, 12.

94. Jn 16, 7-11.

95. Cfr. Jn 16, 7-11.

96. Cfr. I. DE LA POTTERIE, *La vérité dans saint Jean*, Roma 1975, v. I, pp. 399-421.

97. Cfr. Jn 3, 19-21; 9, 41; 12, 37-40. 44-48.

sin embargo, no le creyeron⁹⁸. Respecto al argüirle de justicia hay que decir que no se trata aquí de la justicia de la que habla San Pablo en la cuestión de la justificación por la fe y no por las obras. Aquí se trata de la justicia divina en el sentido de su triunfo definitivo, según se dice en muchos lugares del Antiguo Testamento⁹⁹. El Espíritu Santo mostrará cómo Jesús ha subido a los cielos, triunfante frente a sus enemigos. Este triunfo, por otro lado, es el triunfo sobre las fuerzas del mal y la garantía del triunfo final de los creyentes, ante el despecho del mundo¹⁰⁰. En cuanto al juicio sobre el que será argüido el mundo, hemos de recordar que, cuando Jesús dice estas palabras, el Príncipe de este mundo ya está juzgado¹⁰¹. Sin embargo, Satanás actuará aún contra los seguidores de Jesucristo. Pero serán unas asechanzas temporales y pasajeras. En definitiva el juicio se pronunciará a favor de Jesús, mientras que el Maligno será abatido para siempre. Por eso el Señor les dice: «En el mundo tendréis tribulación, pero confiad: yo he vencido al mundo»¹⁰².

Jesús subraya la fuerza y el poder del Espíritu frente al mundo. Siempre ha sido así. En efecto, ya antes de la Creación la presencia del Espíritu de Yahwéh que se cernía sobre las aguas, aún inmersas en las tinieblas y en el caos, preparó en cierto modo e hizo posible la acción creadora de la palabra de Yahwéh. También en la creación del hombre es el soplo, el hálito, el Espíritu de Dios, el que da vida al cuerpo inanimado, infundiéndole una nueva vida, la vida racional, similar a la vida animal pero radicalmente distinta.

La intervención del Espíritu en la nueva Creación, iniciada por el nuevo Adán, Jesucristo, es una enseñanza clara en el IV Evangelio. Primero en el Bautismo¹⁰³, donde el Espíritu Santo tiene un papel fundametal, hasta el punto de decir el Bautista que Jesús bautizará en el Espíritu¹⁰⁴. Luego le dirá Jesús a Nicodemo que es preciso renacer por el agua y el Espíritu¹⁰⁵.

98. Cfr. Jn 8, 46; 5, 18; 10, 33.

99. Cfr. Jd 5, 11; 1 S 12, 7; Mi 6, 5.

100. Cfr. A. FEUILLET, o. c., p. 35.

101. Cfr. Jn 12, 31-33.

102. Jn 16, 33.

103. Sobre el Bautismo en San Juan cfr. A. GARCÍA-MORENO, *El cuarto Evangelio. Aspectos teológicos*, Pamplona 1996, pp. 353-379.

104. Cfr. Jn 1, 33.

105. Cfr. Jn 3, 5-6.

Por otro lado, es también la luz del Espíritu la que ilumina al hombre para que crea que Jesús es el Pan bajado del cielo, el Pan de vida, el Pan vivo¹⁰⁶. Por último la acción del Espíritu en la vida del hombre regenerado, pero recaído en un posible pecado tras el Bautismo, es señalada por Juan al referir que Jesús sopló sobre los apóstoles, lo mismo que hizo Yahwéh sobre el rostro de Adán, y les confirió el Espíritu Santo para que pudieran perdonar los pecados¹⁰⁷. De todo ello se deduce su fuerza y su acción decisiva en la Iglesia y en el mundo entero. Esta realidad nos recuerda lo que Juan Pablo II decía recientemente: «el Espíritu Santo es la verdadera esperanza del mundo»¹⁰⁸.

En los sermones de la Cena que estamos estudiando, Jesús habla a los apóstoles de los tiempos nuevos, del tiempo de la Iglesia, iniciado tras su ausencia entre ellos. De nuevo el anuncio de su partida entristece a los discípulos. El Maestro lo percibe y les advierte que «cuando venga aquel, el Espíritu de la verdad, os guiará hacia toda la verdad, pues no hablará de sí mismo, sino que dirá lo que oiga y os anunciará lo que ha de venir. Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo anunciará. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso os dije: tomará de lo mío y os lo anunciará»¹⁰⁹.

En este *logion* se usan cuatro verbos que, bajo diversos aspectos, expresan la función docente del Espíritu Paráclito: guiar (*hodgein*), hablar (*lalein*), anunciar (*anaggelein*) y glorificar (*doxazein*). Por una parte está la función de conducir con acierto hacia la meta propuesta, el conocimiento de la verdad. Por otro lado se declara el modo de guiar hacia la verdad, es decir, por medio de la palabra y el anuncio, la explicación aclaratoria y el vaticinio que ratifica y avala la enseñanza del Espíritu. Hay que tener en cuenta que el verbo hablar (*lalein*) tiene en el IV Evangelio un sentido enfático que subraya que es Dios el que se expresa por medio de Jesús, o en nuestro caso por medio del Espíritu Santo. En cuanto al anuncio de lo que ha de suceder, se refiere al don de profecía que el Espíritu Santo difundió de forma particular en la Iglesia primitiva, especialmente a los

106. Cfr. A. GARCÍA-MORENO, o. c., p. 429 ss.

107. Cfr. o. c., p. 441-480.

108. Audiencia general del 19-8-1998.

109. Jn 16, 13-15. Cfr. X. LÉON DUFOUR, *El Evangelio según Juan*, Salamanca 1995, v. III, p. 182 ss.

apóstoles¹¹⁰. De esa forma el Espíritu ayuda a los discípulos a interpretar el sentido de la historia del mundo y su incidencia en la propia vida. En el Apocalipsis tenemos un ejemplo evidente de que es el Espíritu quien descubre el significado fundamental de la historia de la Iglesia¹¹¹.

Por último tenemos en este texto la advertencia, dos veces repetida, de que todo eso glorificará a Jesucristo porque, en definitiva, el Espíritu se hará eco de la doctrina del Salvador, conseguirá que la buena nueva, proclamada por Jesús en un rincón de la tierra y en el tiempo de unos años, resuene en el mundo entero y hasta el fin de los tiempos.

Además, la verdad que proclama y anuncia no es de orden metafísico, ni de orden moral. Se trata del misterio mismo de la vida divina. Más concretamente, de la presencia vital del Padre en el Hijo, y del Hijo en el Padre. De esa forma acceder a la verdad es entrar, gracias al Espíritu Santo, en la esfera del misterio, en el conocimiento del Hijo y en el conocimiento del Padre. Hay, pues, una alusión al misterio trinitario que está presente en estos capítulos 14-16 del IV Evangelio¹¹².

Resulta extraño que Jesús afirme que aún tiene muchas cosas que decirles, cuando aquella misma noche lo van a prender, a juzgar y condenar. Jesús, además, callará entonces, como lo hacen notar los evangelistas, recordando el silencio del Siervo paciente de Yahwéh que, como oveja llevada al matadero, no abría su boca¹¹³.

Sin embargo, «después de su pasión, se presentó vivo con muchas pruebas, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles de lo referente al reino de Dios»¹¹⁴. De todas formas, Jesús les aclara que, aunque se marche, les seguirá hablando a través del Espíritu Santo, el Espíritu de la verdad, que los conducirá hasta la verdad completa, es decir, el conocimiento de la plenitud del Misterio¹¹⁵. En efecto, el Maestro les advierte que el Espíritu no les hablará de sí mismo, «sino que dirá todo lo que oiga y os anunciará lo que ha de venir. Él me glorificará porque recibirá de lo mío y os lo anunciará»¹¹⁶.

110. Cfr. 1 Ts 5, 19 s.; 1 Co 13, 8; 14, 21-23; 1 Jn 4, 1 s.

111. Cfr. A. FEUILLET, o. c., p. 29.

112. Cfr. A. FEUILLET, o. c., p. 27.

113. Cfr. Mt 26, 62-63; 27, 12. 14; Mc 14, 61; Jn 19, 10; Is 53, 7.

114. Hch 1, 3.

115. Cfr. X. LÉON DUFOUR, *El Evangelio según Juan*, Salamanca 1995, v. III, p. 189.

116. Jn 16, 13-15.

Así, pues, el Espíritu está presente y operante en la evangelización. También en el Antiguo Testamento Dios interviene y les habla a los hombres en muchas ocasiones y de diferentes maneras¹¹⁷. Así se nos refiere que hablaba al pueblo por medio de Moisés, o por boca de David o de los profetas¹¹⁸. En la nueva economía los creyentes recibían la predicación apostólica como venida de Dios. En efecto, San Pablo da gracias al Señor porque los tesalonicenses han recibido sus palabras «no como palabra de hombre, sino como lo que es en verdad, como palabra de Dios»¹¹⁹.

En estas manifestaciones se refleja la fe profunda en el cumplimiento de la promesa sobre la asistencia del Espíritu, no sólo en su evangelización oral, sino en la escrita. En efecto, también el Apóstol afirma que «toda Escritura es divinamente inspirada»¹²⁰. Otro testimonio de la intervención del Espíritu en la tarea evangelizadora lo tenemos en el Apocalipsis, donde en repetidas ocasiones se dice que hay que prestar atención a lo que el Espíritu Santo dice a las iglesias¹²¹. Bien podemos decir que la obra de Cristo estaría inacabada sin la revelación y el envío del Espíritu Santo¹²².

Ríos de agua viva brotarán

En el esquema que propusimos al principio sobre pneumatología joánica, presentábamos en tercer lugar el hecho de que el Espíritu Santo, don por excelencia del Padre¹²³, se nos entrega tras la muerte de Cristo y como fruto de la misma. Por tanto se da una relación de causa a efecto entre la Cruz y el Espíritu Santo. Es una enseñanza presente en el IV Evangelio como veremos a continuación. Aunque ya en el bautismo de Jesús se nos habla del Espíritu Santo, la relación entre la Cruz

117. Cf. Hb 1, 1.

118. Cfr. Hch 2, 17; 4, 25.

119. Cfr. 1 Ts 2, 13.

120. 2 Tm 3, 15.

121. Cfr. Ap 2, 11. 17. 22; 3, 6. 14. 22.

122. Cfr. P. M. DE LA CROIX, *Testimonio espiritual del Evangelio de San Juan*, Madrid 1966, p. 232.

123. Cfr. Lc 11, 13.

y el Espíritu Santo se sugiere en el relato de la Fiesta de los Tabernáculos¹²⁴. Es llamada *Hag sukot* en hebreo y en griego *skenopegia*¹²⁵. Tuvo gran importancia en la liturgia de Israel, especialmente en tiempos de Cristo¹²⁶.

En cuanto a los ritos, eran muy variados y expresivos, con un carácter eminentemente popular¹²⁷. Cada día, antes del sacrificio matutino, se formaba una procesión desde la piscina de Siloé, de donde se sacaba agua para llevarla hasta el Templo en ánforas de oro. Cerca de la Puerta del agua, situada en el lado sur de la muralla, resonaban las trompetas por tres veces. Se cantaba el pasaje de Isaías que habla de sacar con gozo aguas de la fuente de la salvación¹²⁸. Ese agua se derramaba luego, junto con el vino, en el ángulo sur-oeste del altar de los holocaustos. Mediante ese rito se imploraba a Yahwéh lluvia abundante para el tiempo de la siembra, ya cercano. Durante el sacrificio matutino, el pueblo agitaba el *lulav* y el *etrog*¹²⁹, cada vez que los sacerdotes entonaban el salmo *Halell*¹³⁰, mientras que giraban en torno del altar. El séptimo y último día se daban siete vueltas alrededor del altar en lugar de una, siempre cantando y agitando los ramos. Este día era llamado el día del Hosanna. Este sería «el último día, el más solemne»¹³¹, en cierto modo

124. Jn 7, 37-39: «En el último día, el más solemne de la fiesta, estaba allí Jesús y clamó: Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba quien cree en mí. Como dice la Escritura, brotarán de su seno ríos de agua viva. Dijo esto del Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él, pues todavía no había sido dado el Espíritu, ya que Jesús aún no había sido glorificado».

125. Los términos hebreos que designan la palabra tiendas o tabernáculos son *suk-kót* y *'ohalim*, usados de forma indistinta. Los LXX, sin embargo, traducen siempre por *skene* y de aquí el nombre griego de esta fiesta. Cfr. W. MICHELIS, en G. KITTEL-G. FRIEDRICH, *Grande Lessico del Nuovo Testamento*, Brescia 1979, t. XII, p. 456.

126. Sobre el significado de esta fiesta puede consultarse G. W. MAC RAE, «Catholic Biblical Quarterly», 22(1960)251-270; F. M. BRAUN, «Revue Thomiste», 49 (1949) 25 ss.

127. Cfr. A. GARCÍA-MORENO, *El cuarto Evangelio. Aspectos teológicos*, Pamplona 1997, pp. 281-293.

128. Cfr. Is 12, 3.

129. El *lulav* era un ramo que estaba formado por una rama de palma, otra de sauce o mimbre y otra de mirto, árboles de ordinario situados cerca de las aguas, que recordaban la plegaria por las lluvias que en las ceremonias se recitaba. El *etrog* lo formaba una naranja, limón o cidra. Cfr. A. WIKENHAUSER, *El Evangelio según S. Juan*, Barcelona 1967, p. 232.

130. Sal 118. El agitar de los ramos se hacía especialmente intenso al recitar los vv. 25 y 28, cuyo Hosanna se repetía: «¡Ah, Yahvé da la salvación! ¡Ah, Yahvé da el éxito!».

131. Jn 7, 37.

cierre apoteósico de la gran fiesta¹³². Con respecto a que Jesús «gritó» lo que dijo, hay que decir que se trata de un modo literario de dar solemnidad a lo que se dice¹³³.

El pasaje Jn 7, 37-39 ha sido objeto de múltiples discusiones. Hay una interpretación cristológica que estima que la fuente de que se habla está en Cristo y no en el creyente. Así lo interpretaba ya Justino. En el s. II también da esa interpretación *El Evangelio de Tomás*. A su favor tenemos, además, a Hipólito, Tertuliano, Cipriano, Ireneo y Efrén. Entre los modernos están Boismard, Braun, Bultmann, Dodd, Hoskyns, Jeremías y Mollat¹³⁴.

En pro de esta interpretación tenemos el paralelismo de los dos primeros versos: el sediento del v. 37 acude a Jesús para saciar su sed. En el v. 39, en cambio, el creyente bebe en Jesús. Por otra parte la idea de que del pecho de Jesús sale agua está apoyada por Ap 22, 1, en donde vemos cómo del trono donde está el Cordero fluye el agua que forma el gran río que riega la Jerusalén celestial.

La otra lectura posible es la que atribuye los ríos de agua viva al creyente. Así Orígenes, en la antigüedad, seguido luego por otros Padres. Entre los modernos tenemos a Barret, Rengsfort, Schlatter y Schweitzer. El mejor argumento a favor de esta lectura lo tenemos en el Papiro 66 del s. II. Se aportan también argumentos gramaticales, pero no suficientes¹³⁵. La Vulgata se inclina por esta lectura, según la puntuación que hace de 37c-38: «Si quis sitit, veniat ad me, et bibat. Qui credit in me, sicut dicit Scriptura, flumina de ventre ejus fluent aquae vivae». En cambio la Neovulgata se inclina por la primera lectura al puntuar de otro modo: «Si quis sitit, veniat ad me et bibat, *qui credit in me. Sicut dicit Scriptura, flumina de ventre ejus fluent aquae vivae*». El punto seguido tras «in me», indica que las Escrituras se refieren no al que viene y bebe, sino al que ofrece el agua que brota de su pecho, es decir, Cristo. Es la lectura que hemos seguido en la traducción de nuestra Facultad de Teología en la Universidad de Navarra. En cambio la Biblia de Jerusalén¹³⁶

132. Cfr. R. E. BROWN, *El Evangelio según Juan*, Madrid 1979, p. 552.

133. Cfr. Jn 7, 28; 12, 44.

134. Cfr. R. E. BROWN, *ibidem*.

135. Cfr. o. c. p. 553.

136. *Biblia de Jerusalén*, Bilbao 1975, p. 1518.

sigue a la Vulgata en la traducción, al no poner el punto donde la Neovulgata, aunque en nota explica que la lectura más antigua es la que refiere cómo el agua viva fluye del pecho de Jesús y no del creyente.

En cuanto al pasaje bíblico del Antiguo Testamento a que se refiere el texto, depende de la lectura adoptada. Hay que advertir que, como ocurre en otras ocasiones, el hagiógrafo no cita de modo directo y explícito el Antiguo Testamento. Respecto a la lectura que pone el fluir del agua viva del seno del creyente, tenemos una enseñanza similar en Proverbios, Isaías y Qohelet¹³⁷. En la otra interpretación, se recuerda la fuente que brota de la roca de Meribá al toque de la vara de Moisés¹³⁸. En la Iglesia primitiva se consideró esta roca como prototipo de Cristo según se desprende de la carta a los Corintios¹³⁹. Otros pasajes del Antiguo Testamento hablan del agua que brota de la roca¹⁴⁰.

De todas formas, estamos ante una fiesta en la que el agua tiene una presencia principal y altamente significativa en relación con el Espíritu Santo¹⁴¹, dada la íntima conexión entre el agua y el Espíritu. En efecto, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento la acción del Espíritu se relaciona con el agua¹⁴². En este punto es importante recordar que el agua tiene una especial fuerza en el IV Evangelio: «No sólo en el Jordán (1, 31-34), en Caná (2, 1-11) y con Nicodemo (3, 5), donde aparece como instrumento de salvación y ordenada al sacramento futuro, sino también en el milagro de Betzata (5, 1-9), en el andar sobre las olas (6, 16-21). Como enseñanza en el diálogo con la samaritana (4, 5-16) y en el lavatorio de los pies (13, 2-17). Expresa la vida en el costado herido del Señor (19, 34) y simboliza el medio en el que los pescadores de hombres harán sus redadas (Mt 4, 4-12)»¹⁴³.

Además de la Fiesta de los Tabernáculos, hay otro momento en el que vemos cómo la donación del Espíritu a los hombres se verifica al

137. Cfr. Prv 18, 4; Is 58, 11; Qo 24, 30-33.

138. Cfr. Éx 17, 1-7.

139. Cfr. 1 Co 10, 4.

140. Cfr. Dt 8, 15; Is 43, 20; 44, 3; 48, 21.

141. A. GARCÍA-MORENO, *El Cuarto Evangelio. Aspectos teológicos*, Pamplona 1996, p. 285.

142. Cfr. Gn 1, 2; Ez 36, 25-27; Mt 3, 11; Jn 7, 37-39; 1 Jn 5, 8; etc. Cfr. R. E. BROWN, *El Evangelio según Juan*, Madrid 1979, p. 1250

143. P. M. DE LA CROIX, o. c., p. 252.

morir Jesús. En efecto, el Espíritu será dado cuando Jesús sea glorificado, es decir, cuando llegue la hora a la que se refiere nuestro hagiógrafo reiteradamente, la hora de su pasión y muerte, de su resurrección y glorificación¹⁴⁴.

De este modo, el Espíritu está estrechamente ligado con la muerte redentora del Señor, conexión ya insinuada por el evangelista cuando el Bautista habla del Bautismo en el Espíritu de ese que es presentado como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, con todo cuanto esa figura conlleva de víctima propiciatoria¹⁴⁵. Así, pues, sólo después de la muerte del Señor se puede hablar de la Redención, de la vida nueva que se recibe a través del bautismo cristiano¹⁴⁶. Es una idea conectada con la enseñanza de Pedro y Pablo, que hablan de cómo el Bautismo nos asocia con la muerte y resurrección del Señor¹⁴⁷. Es decir, la fuerza del agua y el Espíritu para la regeneración proviene del sacrificio de Cristo. Su exaltación en la Cruz no es sólo el culmen del Misterio, sino también la condición para que quien cree tenga la vida eterna¹⁴⁸. «La regeneración del hombre —afirma Mollat— está ligada a la Cruz»¹⁴⁹. El don de la vida, en definitiva, proviene de la muerte del Señor.

Por tanto, el pasaje de la Transfixión de Cristo¹⁵⁰ se relaciona con las profecías que hablan del río que fluye del Templo, que ya apuntamos antes. Los Padres han interpretado de modo diverso el significado de la sangre y el agua¹⁵¹, referidos sobre todo a la Eucaristía y al Bautismo¹⁵².

144. El primer momento en que se habla de la hora es en Caná (Jn 2, 4). Aquí no se dice nada más acerca de esa hora. Luego se irá aclarando que se refiere al momento del prendimiento de Cristo y de su muerte, contemplado también como el momento de su glorificación (Cfr. Jn 7, 30; 8, 20; 12, 23; 13, 1; 17, 1).

145. Cfr. A. GARCÍA-MORENO, o. c., p. 45 ss.

146. Cfr. F. M. BRAUN, *Le Baptême d'après le Quatrième Evangile*, «Revue Thomiste», 48 (1948) 392.

147. Cfr. H. VAN DEN BUSSCHE, *Giovanni*, Asís 1970, p. 189.

148. Cfr. Jn 3, 15-16.

149. Citado por M. COSTA, *Simbolismo battesimale in Giovanni*, «Rivista biblica», 13 (1965) 382.

150. S. TROMPS en «Gregorianum», 13 (1932) 523-527 tiene una breve historia de la exégesis de Jn 19, 34.

151. Cfr. A. GARCÍA-MORENO, *Introducción al Misterio. Evangelio de San Juan*, Pamplona 1997, p. 368.

152. En el n. 1225 habla el *Catecismo de la Iglesia Católica* de la relación del Bautismo con la Cruz: «En su Pascua, Cristo abrió a todos los hombres las fuentes del Bautismo. En efecto, había hablado ya de su pasión que iba a sufrir en Jerusalén como de

Sin embargo, al interpretar estos textos no podemos olvidar la íntima conexión del agua y el Espíritu, sobre todo en lo relacionado con el Bautismo, donde según dice Jesús a Nicodemo el hombre renace a una vida nueva por el agua y el Espíritu. En el *Catecismo de la Iglesia Católica* son varios los textos de San Juan que se citan al hablar del Bautismo. Ello nos confirma la importancia que tiene el IV Evangelio en la teología del Bautismo, en el que tiene un papel tan importante el Espíritu Santo.

Así, pues, podemos decir que las aguas que simbolizan al Espíritu Santo se desbordan en el Calvario. Cristo «expira», dice San Juan, da su último aliento. Ello equivale en el lenguaje joánico a entregar su Espíritu, según la promesa hecha en la Fiesta de los Tabernáculos. San Lucas refiere que Jesús al morir exclama: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu». San Juan en cambio omite ese dato y simplemente dice que «entregó el espíritu». Es una evocación, repetimos, de lo que dijo en la Fiesta de los Tabernáculos acerca del agua que brotaría de su pecho, en clara referencia al Espíritu que recibirían cuantos creyeren en Él¹⁵³. Esa relación entre los Tabernáculos en Jerusalén y la Pascua en el Calvario está apoyada por el término griego *koilia* (pecho) que se utiliza en los dos momentos¹⁵⁴.

El hecho de la lanzada lo refiere sólo nuestro hagiógrafo al final del relato de la Pasión y como broche de todo cuanto nos ha venido narrando. Por otra parte se trata de una perícopa bastante amplia, narrada con muchos detalles y enfatizando el valor de testimonio que el relato tiene. Se citan, además, otros pasajes de las Escrituras de manera directa¹⁵⁵, en contra de la forma ordinaria que tiene nuestro hagiógrafo para referirse al Antiguo Testamento, al cual se evoca más que se cita en el IV Evangelio.

un «Bautismo» con el que debía ser bautizado (Mc 10, 38; cf Lc 12, 50). La sangre y el agua que brotaron del costado traspasado de Jesús crucificado (cf Jn 19, 34) son figuras del Bautismo y de la Eucaristía, sacramentos de la vida nueva (cf 1 Jn 5, 6-8): desde entonces, es posible «nacer del agua y del Espíritu» para entrar en el Reino de Dios (Jn 3, 5).

«Considera dónde eres bautizado, de dónde viene el Bautismo: de la Cruz, de la muerte de Cristo. Ahí está todo el misterio: Él padeció por ti. En Él eres rescatado, en Él eres salvado (S. Ambrosio, sacr. 2, 6)».

153. Cfr. Jn 7, 37-39.

154. Cfr. R. SCHNACKENBURG, *El Evangelio según San Juan*, Barcelona 1980, v. II, p. 219.

155. Cfr. Jn 19, 36. 37; Éx 12, 46; Sal 34, 21; Za 12, 10.

La escena de la lanzada está relacionada, incluso cronológicamente, con la anterior, que nos refiere cómo Jesús lleva a su cumplimiento cuanto estaba dispuesto y que «inclinando la cabeza entregó su espíritu»¹⁵⁶. Este modo de describir la muerte de una persona sólo se encuentra en San Juan. Después de él aparecen en la literatura griega, sobre todo en los Padres orientales, textos en los que se habla de la muerte de alguien en los mismos términos. Al comentar este pasaje, Sto. Tomás de Aquino¹⁵⁷ ve en ese modo de morir la plena consciencia de Jesucristo ante su muerte, que la acepta inclinando su cabeza y expirando.

Sin embargo, insistimos en que la interpretación más directa es la que ve en todo esto el cumplimiento de lo que el Señor prometió. En efecto al hablar de su muerte indicó como el momento en que sería entregado el Espíritu a cuantos creyesen en él. El contexto inmediato nos lo confirma, ya que la idea fundamental de la perícopa¹⁵⁸ es el fin y la consumación de la obra mesiánica de Cristo.

De esa forma el «todo está cumplido»¹⁵⁹ se ilustra con la transfiguración en la que vemos ya el fruto de la muerte de Cristo en ese fluir agua y sangre del costado herido, símbolo de la salvación mesiánica iniciada con la donación del Espíritu Santo. Por tanto, el sentido teológico del relato está en que ese acontecimiento indica el inicio de los tiempos escatológicos, el tiempo del Espíritu, el tiempo de la Iglesia¹⁶⁰.

Antonio García-Moreno
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA

156. Jn 19, 30.

157. Cfr. *Lectura in Joann. Evang., in loc.*

158. Jn 19, 31-37.

159. Jn 19, 30.

160. Cfr. I. DE LA POTTERIE, *La passion de Jésus selon l'évangile de Jean*, Paris 1986, p. 183 ss.